

ENCANTO DE PLENILUNIO

Virgilio Vasquez



Encanto de Plenilunio

Un cuento de amor



Virgilio Vásquez

Capítulo 1

ENCANTO DE PLENILUNIO

VIRGILIO VÁSQUEZ

Copyright © 2018

Virgilio Vásquez

Todos los derechos reservados

Para la Musa que apareció en el tiempo en que parecía ya no haber tiempo.

Gracias por estar ahí

El resplandor de un rayo de luna

ilumina una hermosa flor

que inicia un cuento de amor...

I

El hombre vivía en las afueras de un pequeño pueblito en algún país.

Sus mejores años habían pasado, la nieve del tiempo cubría su cabeza pero su mente y su cuerpo aún emitían vitalidad y fortaleza.

La vida transcurría tranquilamente en su pequeña vivienda, donde cultivaba frutas, hortalizas y verduras, cortaba leña, leía y en las noches miraba las estrellas y en ocasiones hasta conversaba con ellas.

La soledad no le impedía disfrutar de la naturaleza. Era huraño y parco en el hablar, aunque cordial en el saludo y trato a cada persona con la que se cruzaba en el camino y en el pueblo las veces que iba a comprar algo necesario, o cuando acudía a vender el producto de su trabajo.

Disfrutaba cada cosa que hacía y se esmeraba en el cuidado y mantenimiento de su propiedad que estaba formada por una pequeña pero cómoda cabaña, un huerto de verduras y hortalizas, un gallinero y un pequeño establo; así mismo por sus linderos discurría un camino que pasaba por un pequeño bosque y daba a un riachuelo de aguas límpidas y puras. Siempre la mantenía libre de malezas y alimañas. Revisaba, abonaba, regaba, desmalezaba; era su rutina diaria.

En la pequeña vivienda los espacios estaban limpios sin embargo desordenados, un zapato por aquí, otro por allá, calcetines en forma de bola en varios sitios, el sombrero sobre la mesa, una camisa en una silla, un libro abierto en el sillón, un cinturón tirado, en fin, «para que ordenar tanto si vivo solo», se decía.

Una habitación de dormitorio, un pequeño salón donde reinaban un librero y un gran sillón en el que se sentaba cómodamente a leer y muchas veces

se quedaba dormido. Un comedor con una mesa y cuatro sillas donde ocasionalmente se sentaba a comer, pues la mayor parte del tiempo lo hacía frente a la lumbre del hogar o en el mullido mueble. La cocina era un espacio donde todo cambiaba. Rústica en su diseño, funcionaba con leña, una despensa para alimentos, una alacena donde guardaba los implementos y utensilios para comer y cocinar y el leñero que permitía tener una provisión suficiente para varios días. Allí el calor hogareño se sentía en todo su esplendor sumado a la chimenea que no permitía que el humo invadiera la pequeña casa. La habitación principal estaba ocupada por una gran cama, una mesa con varios libros, un armario donde guardaba su ropa y un espacio que servía de cuarto de baño donde una tina era el mueble principal.

Todos los días antes del amanecer se dirigía al pequeño riachuelo donde se surtía de agua limpia y cristalina para sus necesidades. Se daba un rápido chapuzón, se secaba y luego iba hacia el huerto, al establo y al gallinero, en fin, a cubrir todo lo necesario para la jornada.

Capítulo 2

II

Una madrugada salí, miro al cielo estrellado y limpio; la luna llena en su esplendor hacía innecesario el uso de linternas. Elevó los brazos al cielo, hizo una oración al creador del universo y se dirigió hacia el riachuelo; de pronto miró intrigado hacia el bosque donde el resplandor de un rayo de luna incidía directamente sobre un árbol caído hacía varios días, en él una pequeña planta había nacido, estaba coronada por una hermosa flor. La luz la hacía brillar y ver como plasmada en un marco plateado, sus colores refulgían y su hermosura resaltaba sobre todo lo que había a su alrededor. No recordaba haberla visto antes, debió haber aparecido durante el día anterior.

Atraído por su belleza se detuvo a contemplarla y mientras lo hacía fue sintiendo una tranquilidad y paz interior como hacía tiempo no sentía. Detalló su tallo, sus pétalos, toda su forma. Se extasió en sus colores y en el aroma que se esparcía a su alrededor. Sintió deseos de tomarla en sus manos y llevarla a su casa, pero lo pensó mejor y decidió dejarla allí en su ambiente, colocando a su alrededor algunas piedrecillas que formaron un círculo protector, luego se levantó percatándose de que había amanecido, había pasado el tiempo sin darse cuenta y ya estaba atrasado en sus labores del día. Se apresuró a comenzarlas.

Durante varios días, se detuvo a contemplarla, aspirar su aroma y cuidar que su hábitat estuviera bien. También se preguntaba como aquella pequeña florecilla se mantenía viva y fresca con el transcurso del tiempo, si generalmente a los pocos días las flores se tornan mustias y mueren.

Y transcurrió casi un mes.

Se levantó, se lavó, preparó café y se dispuso a salir pensando en su hermosa flor, al llegar al sitio vio que varios pétalos habían caído al suelo y su tallo estaba débil. Miró alrededor para cerciorarse si algún insecto o roedor la había atacado, no era así. Reforzó el círculo de piedras, revisó la humedad, la tierra en su base, nada había sido maltratado. El ciclo vital de aquel ser estaba por culminar, solo era eso, la vida de su flor se acababa. Una lágrima resbaló por sus ojos y cayó en un pétalo. Bruscamente pasó una mano por su mejilla y pensó «estás más viejo cada día, ya nacerán otras flores».

La flor continuó debilitándose hasta que desapareció totalmente. La tristeza que llenaba su corazón no terminaba de pasar. Continuó diariamente cuidando, revisando y limpiando el sitio donde había estado

su flor.

Capítulo 3

III

Días después, temprano como siempre, comenzó su rutina diaria. El cielo tachonado de estrellas le saludaba y la claridad de luna llena le alumbraba el camino. Al acercarse al sitio de la Flor vio de nuevo un resplandor similar al día que la había encontrado, pero esta vez el rayo de luna no caía sobre una nueva flor, sino en el sitio vacío; sin embargo, un poco a la derecha del mismo un pequeño bulto llamó su atención, una silueta que antes no estaba. Se aproximó cauteloso y curioso descubriendo un ser humano en posición fetal como tratando de guardar un poco de calor ante el frío de la mañana; continuó acercándose hasta descubrir que era una joven de larga cabellera negra, cubierta con un sencillo vestido que llamó su atención por ser del color de su flor.

Observó que respiraba tranquilamente, la movió con cuidado para despertarla y cuando ella lo hizo, volteó hacia él su cara dejándolo extasiado con la sonrisa que expresaba no solo en los labios sino en sus ojos.

La chica se desperezó, estiró sus brazos y despertó totalmente sin demostrar ninguna molestia por el frío ambiental a pesar de lo ligero de su vestimenta, ni por el hecho de que la hubiera despertado.

El hombre se quitó su chamarra y la cubrió. Le preguntó si podía caminar y ella hizo un gesto afirmativo. La tomó de la mano que sintió cálida a pesar del frío matutino, y la llevó hasta la casa. La acercó a la cocina, calentó un poco de café y se lo ofreció. Ella tomó la taza de barro con ambas manos y aspiró el aroma de la infusión tomándola a sorbos y sonriendo. Dejó que terminara el café y le preguntó cómo se llamaba. Ella respondió con una sonrisa, hizo un gesto de negación moviendo su cabeza, se llevó la mano a sus labios y repitió el gesto.

Dedujo que no podía hablar, pero lo oía y entendía. Le preguntó de donde era y la respuesta fue de nuevo la sonrisa y el mismo gesto.

Se dio cuenta de que el tiempo corría, se apresuró a calentar el desayuno mientras le preguntaba si tenía hambre. La misma sonrisa pero ahora un gesto afirmativo. Esta vez él también sonrió.

Mientras preparaba la comida se preguntaba de dónde había llegado la joven, en qué momento se habría quedado dormida y cómo fue que la habían dejado sola, ya que en los alrededores de la zona no había señales

de otras personas.

Se rascó la cabeza en un gesto involuntario tratando de responderse las interrogantes, mientras el olor de los huevos revueltos y el pan impregnaban el ambiente. Tomó los utensilios de la alacena y sirvió lo que consideró una ración suficiente para su inesperado huésped, le preguntó si deseaba más café y ella respondió con el gesto de afirmación.

Mientras la veía comer, se sentó frente a ella detallando sus hermosas facciones y tratando de pensar si le recordaba a alguien del pueblo; sin embargo fue negativo el primer repaso mental que hizo.

Le preguntó si era del pueblo, respondió negando con un gesto de la cabeza.

—¿Tienes algún familiar en el pueblo? De nuevo negó.

—¿Estás de visita? Ahora la respuesta fue un movimiento afirmativo.

—¿Andas con otras personas? Otra vez negó.

Cada vez más intrigado se llevó las manos a la cabeza a manera de auto interrogarse. — ¿Cómo te llamas? Preguntó sin darse cuenta de que no iba a obtener una respuesta verbal. La joven lo miró con una sonrisa en su boca y en sus ojos. Parecía divertirse ante el interrogatorio mientras terminaba de comer.

Se le ocurrió averiguar si sabía escribir; buscó lápiz y papel y ofreciéndoselos dijo: —¿Sabes escribir? La sonrisa encantadora hizo presencia en el hermoso rostro, e imitó el gesto que él había hecho antes llevándose la mano derecha a la cabeza y rascándola con expresión divertida.

Él hombre soltó una sonora carcajada mientras mantenía el ofrecimiento del lápiz y el trozo de papel.

La chica tomó ambos y comenzó a dibujar algo en el papel. Lo hizo de forma rápida y sencilla con pocos trazos y se los entregó. Había dibujado una flor, pero no una flor cualquiera, sino su flor, la misma que durante varios días estuvo cuidando y admirando.

Capítulo 4

IV

De pronto cayó en cuenta de que nuevamente se había atrasado en el inicio de las tareas del día y se apresuró a realizarlas.

—Por favor quédate aquí mientras realizo mi trabajo, puedes descansar o dormir, dijo señalando el sillón, disponiéndose a salir.

La chica se levantó y se le acercó.

—Quédate descansando, dijo tomándola de la mano llevándola hasta el sillón. Dio media vuelta para salir, pero ella se levantó del sillón y otra vez se colocó a su lado.

— Quédate a descansar repitió. Ella negó con el movimiento de su cabeza

—¿Quieres acompañarme? está bien, vamos, dijo dirigiéndose a tomar los cubos con los cuales cargaba el agua que vertía en el depósito.

Bajaron hasta el riachuelo, dos veces llenó los cubos, luego se dirigieron al gallinero, tomó de un estante una bolsa con alimento para las gallinas, se los repartió, recogió los huevos, los llevó a la alacena, se dirigió al huerto, arrancó las malezas y recogió las verduras maduras, fue a los frutales e hizo lo mismo con algunas naranjas, limones y mandarinas. Mientras esto hacía, la joven no se apartaba de su lado, pero sin molestar en las labores, miraba con curiosidad todo lo que hacía.

Cuando finalizó su trabajo ya el sol había pasado su cenit y comenzaba a caer.

—Caramba, ya ha pasado la hora del almuerzo, ¿Tienes hambre, estás cansada? Siempre sonriente repitió el gesto de negación

—Pues yo si tengo hambre y calor, dijo dirigiéndose a la casa.

Entraron, tomó un vaso, lo llenó con agua fresca de una tinaja y bebió. A continuación fue a la alacena, tomó un trozo de pan, lo untó con mermelada y comenzó a comerlo saboreándolo y masticando lentamente. Mientras hacía esto, la joven llenó un vaso con agua de la tinaja y se lo bebió.

El hombre de repente se dio cuenta de que su huésped no había

descansado y estaba tal cual la encontró en la madrugada.

— ¿Deseas ahora darte un baño y descansar? La chica sonrió con gesto afirmativo. Él tomó entonces una olla grande, la llenó con agua del depósito y la colocó sobre la lumbre de la cocina, a la que previamente atizó y alimentó con unos trozos de leña. Al estar caliente el agua la llevó al cuarto y la vertió en la tina que terminó de llenar en dos viajes al tanque. Le entregó una toalla, una barra de jabón y la invitó a darse el baño mientras él se retiraba a sentarse en su sillón.

Comenzaba a anochecer cuando despertó viendo una imagen que le hizo reír ruidosamente. La chica estaba frente a él... totalmente vestida, pero con una ropa que le quedaba extremadamente holgada, una larga camisa que había encontrado en el armario.

Ella respondió con un mohín entre divertida, enfadada y como diciendo «es lo que encontré».

—Ah caray, qué bruto soy, se me olvidó que no hay en casa ropa para mujeres. «Debemos solucionar eso», pensó y hablando en voz alta le dijo:

—Mañana debo solucionar tu presencia aquí y conseguirte ropa, iré al pueblo temprano y buscaré algo que te vaya bien; también revisaré si hay alguien que te busca o te están esperando, pero debes quedarte aquí mientras yo voy al pueblo. ¿Me entiendes?

La chica puso cara pensativa, sonrió abiertamente y expresó su asentimiento. Como ya era tarde, preparó la cena para ambos, la sirvió y cenaron tranquilamente bajo la luz de varias velas. Luego la acompañó a la habitación, le indicó la cama explicándole que ella dormiría allí mientras él lo hacía en el sillón. Salió del cuarto, cerró la puerta, buscó una cobija en el armario y se dispuso a prepararse para una noche en el sillón.

Ya en su soledad no dejaba de interrogarse.

¿De dónde venía, cómo se llamaba?

Los recuerdos del dibujo y de la flor vinieron a su mente y desde ese momento asoció ambos nombres. Mientras no supiera su nombre para él sería Flor.

Capítulo 5

V

Se fue quedando adormilado y soñó con su flor; arrobado la veía iluminada por la luz de la luna, hermosa y vital, expandiendo su aroma. Aroma de café recién colado, aroma de huevos fritos y pan recién horneado....

El olor era tan vívido que lo despertó repentinamente, pero no era un sueño, el aroma provenía de la cocina, se levantó, vio que las primeras luces del día iluminaban ya la vivienda y como Flor terminaba de preparar el desayuno.

—Dios mío, he caído como un tronco y dormido toda la noche. Que sorpresa me has dado.

Flor lo miraba sonriendo divertida y lo invitó a sentarse a la mesa que ya había servido. Se lavó, se sentó y comió saboreando cada bocado con expresión de satisfacción. Que sabroso estaba. Terminó de desayunar, se levantó felicitando a la magnífica cocinera y dirigiéndose a la salida dijo: —regreso en un momento.

Salió al frío de la mañana, tomo los cubos vacíos y se dirigió al riachuelo. Al llegar allí se desnudó y se sumergió en el sitio que utilizaba para bañarse frecuentemente. El agua fría le hizo sentir como si muchas agujas pincharan su piel, pero era una de las cosas que le gustaba hacer sobremanera. Nadó durante algunos minutos, salió se secó, se vistió y regresó a la casa.

—Recuerda lo que dije anoche. Iré al pueblo para buscarte alguna ropa e indagar si alguien ha estado preguntando por ti. En la despensa hay alimentos y como veo que sabes preparar muy bien la comida, quedas a cargo de la casa mientras regreso. Ella asintió seriamente, acompañándolo hasta la puerta y él se marchó.

Recogió algunos huevos, frutas y verduras que estaban listas y servirían para la venta, dio de comer y beber a Pura la mula que le ayudaba en sus recorridos, le colocó los implementos y la acopló al pequeño carromato donde iba al pueblo que estaba a una hora escasa yendo en el carro.

—Ohhh, Pura, andando mi amiga. La fiel mula al pasitrote se movió parsimoniosamente.

Nunca se cansaba de admirar lo hermoso del lugar, pastizales, bosques, frutales, huertos que se iban dibujando a medida que el carro avanzaba. Las pequeñas granjas distribuidas en el paisaje cada una con sus sembradíos y pequeños rebaños o parvadas de aves. El clima de la mañana y la fresca brisa hacían necesario que fuera abrigado. Bandadas de pájaros multicolores cruzaban el cielo y el trinar de muchos de ellos componía una sinfonía natural que nunca se cansaba de escuchar. Pero hoy parecía que el día tenía un resplandor, un aroma y un clima más benéfico, el aire que aspiraba llevaba un aroma diferente. La música en sus oídos se escuchaba con una cadencia diferente. Hoy el día era más alegre.

Capítulo 6

VI

Al acercarse al pueblo comenzó a ver las casitas distribuidas en sus calles, todas vestidas de blanco con sus techumbres color ladrillo. Frecuentemente esta imagen traía a su recuerdo los pesebres que se colocaban durante las festividades navideñas en muchos hogares.

Enfiló hacia la zona del mercado y colocó el carromato en el sitio establecido, sacó una bolsa con granos de maíz y la colocó en la boca de Pura, caminó hacia la tienda del pueblo que era donde conseguía lo que buscaba.

—Buenos días vecino, saludó el tendero que en esos momentos atendía a una señora gorda y sonriente quien mirando un frasco de miel dorada preguntaba si era pura sin condimentos.

—Buenos días, contesto nuestro hombre, mientras, comenzó a recorrer la tienda buscando lo que necesitaba. Tomó un saquillo de harina, otro de azúcar, algunos granos, unos metros de cordel, se dirigió hacia donde se mostraba la ropa para damas. Esperó que el tendero terminara de atender a la señora que con cara de contenta se llevaba su frasco de miel. Le preguntó si tenía algunos vestidos para dama de la talla que a su parecer le sentarían bien a Flor.

El tendero le miró entre curioso y divertido cuando comenzó a mostrarle aquellas ropas.

—Es para un regalo que haré a un familiar, dijo el hombre.

El tendero continuaba con su mirada curiosa. —¿Solo el vestido vecino, seguro no necesitará alguna otra parte de la vestimenta? tengo un precio especial por el ajuar completo de cualquier pieza que desee llevar, decía mientras enseñaba las demás piezas y miraba a nuestro hombre de reojo.

Al enseñar cada pieza sonreía de una manera particular que hizo sonrojar al hombre, quien tornó adusto el rostro, tomó dos vestidos que le parecieron acordes con la contextura de Flor y le dijo al tendero que le vendiera los dos vestidos con sus complementos, tal fue las palabras que utilizó.

—Tiene usted muy buen gusto —replicó el tendero mientras doblaba y envolvía las piezas—, seguro que a la dama de su familia le va a encantar.

El hombre continuó mirando y escogiendo algunas cosas que necesitaba. Cuando terminó se dirigió al tendero y le informó que tenía para la venta dos docenas de huevos, medio saco de limones y uno de naranjas por si estaba interesado. El tendero tomó el lápiz que tenía sobre la oreja izquierda, lo llevó a su boca y comenzó a hacer anotaciones en una libreta, revisó las cuentas y se las mostró al vecino, que hizo el gesto acostumbrado dando a entender que estaba conforme con la cuenta.

El tendero hizo otras anotaciones correspondientes y saludando se dirigió a atender a otros clientes que comenzaban a llegar a la tienda.

Salió del lugar y caminó por el pueblo; se dirigió hasta la caseta de correos para verificar si tenía correspondencia y con la finalidad de indagar entre los vecinos que siempre se reunían para hablar de las últimas noticias que llegaban de fuera del pueblo y otros lugares, así como a cuchichear sobre los chismes pueblerinos. Su interés tenía el acicate de averiguar si alguien en el pueblo estaba esperando alguna pariente o amistad. Ni correspondencia, ni información.

Fue a la terminal donde llegaban los vehículos que trasladaban a quienes salían o llegaban al pueblo, saludó varias personas, husmeó escuchando algunas conversaciones mientras leía un ejemplar del semanario del pueblo. Nada. Continuó mirando y curioseando, compró unos dulces, unas zapatillas, un tarro de mantequilla y ya cansado vio que había pasado el mediodía. Sin lograr ninguna información sobre Flor, regresó a la tienda, retiró sus compras, las colocó cuidadosamente en el carromato y se dispuso a regresar.

Capítulo 7

VII

El camino de regreso fue tranquilo y el tiempo pasó rápidamente.

Al llegar a casa desmontó a Pura del carromato, descargó los enseres y el resto de cosas que había comprado, los colocó en cada sitio quedándose solo con la caja de ropa, los dulces y las zapatillas en sus manos. Se extrañó al no ver a Flor salir a recibirlo, ni en los alrededores, se dirigió apresurado a la casa, empujó la puerta con un pie llamando

—Flor, Flor, ven a ver lo que te he traído. Silencio.

Lo primero que llamó su atención fue el hecho de no encontrar a su entrada ningún zapato o calcetín tirado, no estaba el libro sobre el sillón sino en su sitio correspondiente del librero. Su desorden había desaparecido.

Continuó llamando y buscando, fue a la cocina, a la parte trasera y nada, luego se dirigió con mucho cuidado al cuarto y allí estaba, dormida plácidamente. Se había cambiado de ropa, quitado la camisola y de nuevo usaba su vestido original, el cual debió haber lavado ya que se veía muy limpio. Se acercó más.

«Dios, que bella es», su cabellera negra como el ébano, sus ojos ligeramente rasgados que con solo entornarlos un poco sonríen, sus labios gordezuelos del color de las fresas maduras, toda su faz irradia gran tranquilidad y paz, su piel ligeramente morena parece brillar al resplandor de la luna y ese aroma, el aroma de las flores que invade el ambiente de una manera muy suave sin llegar a ser molesto.

No tuvo conciencia del tiempo que llevaba contemplándola, cuando ella comenzó a desperezarse, estiró sus brazos, se volteó y le miró. Esa doblemente hermosa sonrisa.

Nervioso por haber sido descubierto mirándola solo atinó a decir.

-So, so, solo acabo de llegar y quería mostrarte lo que te he traído. Ella saltó de la cama, tomó los paquetes en sus manos y los abrió, contempló los vestidos, escogió uno, lo situó sobre su cuerpo y se paró frente a él; viendo que le gustaba se acercó y lo abrazó fuertemente colocando su rostro sobre el pecho masculino.

La sorpresa hizo que el hombre reaccionara tratando de alejarla, pero ella se apretó más aún, hasta que él la rodeo con sus brazos y acarició su cabellera. Luego separándose del abrazo, agarró el vestido escogido e hizo ademán de quitarse el que llevaba puesto.

—Espera, espera que yo salga, dijo el hombre dándose vuelta y saliendo del cuarto.

A los pocos minutos Flor salió con su vestido y zapatillas nuevas, más hermosa y sonriente aún. Se había recogido la cabellera y su semblante irradiaba esa luz que en tan solo dos días había deslumbrado el corazón del hombre. Se acercó a él abrazándolo de nuevo, lo tomó de una mano y comenzó a recorrer la casa y sus alrededores.

La cocina limpia sin una pizca de polvo, la alacena y la despensa con todo en su lugar, el saloncito sin ningún zapato, calcetín, ni nada por el estilo regados. Afuera, el depósito de agua que había quedado a medio llenar ahora estaba al borde, fueron al corral de las gallinas, dónde las mismas ya alimentadas picoteaban alegremente por el sitio, los huevos recogidos, el huerto sin una maleza nueva... Flor había hecho todo mientras él estuvo ausente. No en balde el día anterior se había fijado muy bien en lo que él hacía.

Transcurrieron los días y Flor daba nueva vida al territorio; la alegría, paz y tranquilidad reinaban. Los trinos y cantos de las aves aumentaron, las mariposas revoloteaban alegremente por el predio. Un jardín de flores de muchos colores y formas embellecía el borde del camino donde había aparecido, el aroma que esparcían llenaba el ambiente cercano. Las gallinas picoteaban y retozaban con una viveza diferente y nada más ver a Flor la rodeaban. Hasta Pura que generalmente pacía tranquila y le disgustaba la cercanía de otros seres a excepción del hombre, cuando aparecía Flor parecía querer expresar su alegría con sus ruidos entre rebuznos y relinchos enseñando sus dientes como sonriendo.

Mientras tanto, el hombre se las ideó para construir un habitación anexa a la casa que servía como un nuevo dormitorio, construyó una rústica cama y un colchón mullido donde el dormiría, entretanto lo hacía en el sillón. Fue varias veces al pueblo y continuó indagando sobre alguna joven esperada por alguien. Leía los periódicos para informarse si había alguna joven extraviada, pero sus intentos fueron infructuosos. También intentó en varias ocasiones que Flor le acompañara, pero ella siempre sonriente se negaba.

Varios meses transcurrieron y la felicidad reinaba en la cabaña.

Capítulo 8

VIII

Un día el hombre regresaba del pueblo y al llegar a su propiedad sintió una sensación extraña, algo en el ambiente había cambiado. Se bajó del carro apresuradamente, abrió la puerta de la casa llamando a Flor, la buscó dentro y no estaba, fue al corral y no la halló, se dirigió al riachuelo y allí en la orilla del mismo, la encontró tendida, pensó que estaba dormida, pero la palidez de su cara le alarmó; la movió cuidadosamente y ella reaccionó pesadamente. La tomó en sus brazos, ella le miró siempre sonriente, pero algo andaba mal; corriendo la llevó a la casa, la observó detalladamente para ver si había heridas o mordeduras causadas por algún animal. Nada. Fue a la cocina y preparó una infusión de alguna planta que sabía que podía ayudarla.

Al regresar a la habitación la encontró sentada en la cama sonriente e invitándolo a sentarse a su lado. Cuando él se acercó, lo tomó de una mano, lo atrajo hacia sí acurrucándolo en su regazo, acariciando suavemente los blancos cabellos, besándolos de vez en cuando y dándole a entender que estaba bien, que no se preocupara, que ya había pasado.

—Qué miedo he sentido, he pensado que estabas herida o peor aún, decía mientras por su cara corrían gruesas lágrimas que humedecían el vestido de Flor.

La suavidad de las caricias y el aroma que ella emanaba lo fueron calmando; la sensación que irradiaba lo tranquilizó poco a poco, su corazón palpó de nuevo con ritmo normal.

De repente sintió una voz, ¿la voz de Flor?

Era ella que hablaba, pero no con palabras, la miró a la cara y vio su hermosa sonrisa mirándole a los ojos, entonces de nuevo sintió en su cabeza la dulce voz, una hermosa voz...

Al despertarse Flor no estaba en la habitación, oyó trastos en la cocina y allí estaba como siempre hacendosa y sonriente.

«Todo fue un sueño» se dijo.

Capítulo 9

IX

El tiempo fue pasando, la ensoñación de aquel día fue quedando en el olvido y la rutina de trabajo continuaba su ritmo; sin embargo Flor comenzó a desmejorar. Se cansaba más rápido y frecuentemente se retiraba a la casa o en algunas ocasiones dejaba que él la tomara en sus brazos y la colocara en el sillón o en la cama. Él hacía su trabajo apresuradamente para poder dedicar más tiempo al cuidado de Flor que aunque débil, siempre procuraba estar sonriente para sus momentos juntos. La desmejora aumentaba y el trató de llevarla a un médico, de buscarle medicinas; sin embargo ella se negaba colocando sus dedos sobre la boca de él cuando insistía.

Un día muy temprano el hombre se despertó, se lavó y comenzó a preparar el café y el desayuno. Ese día debía ir al pueblo por provisiones. Se aproximó al cuarto calladamente y vio que por la ventana entraba un rayo de luna que iluminaba la figura de Flor, se acercó temeroso, su palidez le asustó, agarró una de sus manos cálida como siempre, pero al buscar en su muñeca se dio cuenta que no había pulso. Tomó el cuerpo entre sus brazos tratando de reanimarla dando suaves palmadas en su cara, la sacudió firmemente sin resultados; las lágrimas brotaron tempestuosamente y en torrente de sus ojos. Desconsolado la apretaba contra su pecho y besaba sus cabellos mientras el llanto continuaba. No había nada que hacer, su Flor se había ido.

Entonces surgieron en su mente las palabras que creyó haber oído en un sueño.

«Soy en esencia un rayo de luna que fecundó una flor, una fibra de tu corazón convertida en lágrima que cayó sobre esa flor moribunda, un profundo mandato del universo que desea demostrar que la felicidad está dentro de ti y en cada uno de los seres. Soy el cuchillo o el hacha que rompe la coraza que crea un corazón que trata de ocultar los buenos sentimientos que hay dentro de él, escondiendo la dulzura y lo blando de su interior. Soy parte de ti, como tú eres parte de mí; somos dos personas fundidas en un solo corazón palpitando al unísono; somos demostración del amor sublime que se siente en una mirada, en el roce de las manos, al acariciar los cabellos, al esconder mi cara en tu pecho, al sonreír y verte sonreír, con un simple roce de mis labios sobre tu piel o sobre los tuyos, o los tuyos sobre los míos. Yo soy tú y tú eres yo, pero existen diferencias y una de ellas es mi ciclo vital diferente al tuyo. Pronto está a llegar mi tiempo de partida, pero no estés triste, recuerda lo que te acabo de decir,

yo estoy en ti y tú estás en mí».

Cuidadosamente colocó a Flor sobre la cama, la vistió con el vestido que traía cuando la encontró; en sus brazos la llevó al jardín de las flores y la situó en un lado mientras hacía espacio para tenderla en la que sería su morada final; arregló un lecho de flores y la acostó sobre ellas, la arropó con una sábana de las mismas. Cayó de rodillas y elevó una oración al cielo, no de reproches, ni de quejas; sino dando gracias por esos meses de felicidad. Se puso de pie y tomando una pala la cubrió con la tierra del jardín. Al terminar esparció sobre la tumba muchas semillas de flores dispersas alrededor. Luego oró de nuevo en silencio y se fue a la casa.

Capítulo 10

X

Pasó el tiempo y el hombre seguía diariamente su rutina de trabajo, ahora también cultivaba el jardín donde dormía Flor y en el que cientos de flores embellecían el lugar.

Un día mientras removía el abono del jardín sintió una fuerte punzada en el pecho que le cortó momentáneamente la respiración, inspiró profundo varias veces mientras se sostenía con el mango de la escardilla, el dolor fue remitiendo lentamente pero sin desaparecer totalmente; terminó su labor y se dirigió al riachuelo dándose un rápido chapuzón y se fue a la casa.

El dolor no cesó totalmente, preparó y tomó una infusión calmante, se cambió de ropa, se sentó en el sillón y se fue quedando adormilado... De repente la punzada volvió, esta vez más fuerte. Con un rictus de dolor tornó a realizar varias inspiraciones profundas y rápidas hasta que de nuevo el dolor remitió haciéndose soportable.

... Sintió de nuevo esa voz, dulce y envolvente. Abrió los ojos y allí estaba, ¡Si, era ella! Flor estaba a su lado tomándole de la mano como tantas otras veces. No estaba soñando, la calidez de la mano lo afirmaba, la sonrisa de su boca y sus hermosos ojos, lo atestiguaban, el aroma que envolvía el ambiente lo confirmaba. Ella tomó una de sus manos, la llevó a los labios besándola dulcemente, se acercó más y sus labios rozaron dulcemente las mejillas y los ojos entreabiertos del hombre y como lo hizo antes muchas veces, colocó la cabeza en su pecho...

Capítulo 11

Epílogo

Su hijo lo encontró sentado en el sillón, como si durmiera plácidamente, tenía una sonrisa de felicidad en su rostro y entre las manos colocadas en su pecho, una hermosa Flor que todavía llenaba el ambiente con su aroma...